

(Este documento es un pre-print)

CUARTA PARTE CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS

PREFACIO

Joan B. Llinares (Universitat de València)

Las meditaciones del joven Nietzsche no se limitaban a reconstruir eruditas teorías sobre el coro primigenio de la tragedia griega o sobre las letales consecuencias de los cambios auspiciados por Sócrates e introducidos por Eurípides en el arte antiguo. Su inquieta sensibilidad no se contentaba con explicar temas académicos, como la métrica de la poesía clásica o la retórica de los oradores greco-romanos, aunque al hacerlo transformase la manera habitual de tratarlos. Su visión de la historia no le llevaba a meras añoranzas de vida entre monumentos hermosos, en una Arcadia soñada, porque para él la tarea del verdadero filólogo tenía que ser, como la de todo antropólogo que se precie, una labor comparativa, crítica y generadora de futuro, en la que el conocimiento de esa otra posibilidad ya realizada, la de la Grecia en la edad trágica, modelo perdurable de máxima excelencia, nos ha de mover a descubrir por contraste las barbaridades de nuestra época, a tratar de alterar nuestra raquílica forma de vivir y a imaginarnos de otro modo, esto es, a luchar por una cultura más sana y pletórica, cuyos gérmenes están apuntando entre nosotros en ámbitos insospechados y requieren nuestro atento cuidado. En efecto, el capítulo 15 de *El nacimiento de la tragedia* ya acababa con una explícita demostración de este compromiso ineludible:

llamamos aquí con ánimo conmovido a las puertas del presente y del futuro (...). La red del arte que está extendida sobre la existencia ¿habrá de ser tejida de manera cada vez más firme y delicada, bien sea bajo el nombre de religión o bajo el de ciencia, o le está destinado el desgarrarse en jirones, bajo el trajín y el vértigo inquietantemente bárbaros que a sí mismos se llaman ahora «el presente»? — Preocupados, pero no desconsolados, permanecemos unos instantes al margen, como los contemplativos a quienes les está permitido ser testigos de esas luchas y transiciones enormes. ¡Ay! ¡La magia de esas luchas reside en que quien las observa tiene también que participar en ellas!¹¹⁴⁵

Desde los primeros meses de 1872, publicada ya su *opera prima*, y hasta el otoño de 1876, Nietzsche se comprometió de hecho en varios combates, tanto privados como públicos, de notables repercusiones. El mejor testimonio de esa lucha lo conforman cuatro libros raros, a menudo desconocidos por los lectores de su legado más famoso, pero que tienen riquezas escondidas y méritos suficientes para que nos adentremos en su conocimiento y precisemos su situación y su peculiar estructura. Esos cuatro escritos, titulados *David Strauss, el confesor y el escritor*, *Ventajas e inconvenientes de la historia para la vida*, *Schopenhauer como educador* y *Richard Wagner en Bayreuth*, respectivamente, constituyen los primeros y únicos volúmenes numerados de una misma serie que su creador denominó con un nombre desconcertante, *Consideraciones Intempestivas*. Veamos brevemente cómo se gestaron y para qué.

Puede ser útil saber que ya un fragmento póstumo de 1871 indicaba que el joven catedrático ordinario de filología clásica de la Universidad de Basilea deseaba publicar un conjunto de volúmenes con el título de *Ensayos filológicos de Friedrich Nietzsche*.

¹¹⁴⁵ Cfr. más arriba, GT, 15

En ese contexto *El nacimiento de la tragedia* no es sino el desarrollo de *uno* de los problemas, o la síntesis de algunos problemas, sobre los que él expondría sus investigaciones, pues el horizonte de sus intereses era bastante más amplio de lo que el tema específico de esa obra puede sugerir. He aquí el índice del “volumen primero” de tales ensayos:

Introducción. La formación clásica y el filólogo del futuro.

1. Sobre la cuestión homérica.
2. El certamen.
3. Sobre los *Erga* de Hesíodo.
4. Orígenes de la lírica.
5. Conjeturas sobre los poetas líricos.
6. Teognis.
7. Las *Coéforas* de Esquilo.
8. Demócrito.
9. Sócrates y la tragedia griega.
10. Sobre la rítmica.¹¹⁴⁶

Como ya se advierte en lo que habría de constituir la cuestión capital de la “Introducción” a ese primer volumen, Nietzsche estaba especialmente preocupado por la “formación” de sus alumnos y su modelo era la “formación clásica”. Tenía motivos para tal desazón, pues en absoluto se sentía satisfecho con el trabajo que llevaban a cabo sus colegas en las facultades de filología. A él le parecía que en lugar de transmitir para una adecuada formación los mejores frutos que el cultivo de las obras de los grandes clásicos posibilita obtener, tales eruditos se habían degradado, acomodándose a las miopes demandas del mundo moderno; de ahí la exigencia de un “filólogo del futuro” que logre asumir otro tipo de tareas formativas, marcadas por interrogantes filosóficos y culturales de raigambre helénica, más allá de meras cuestiones técnicas de lingüística y bibliografías inacabables. A exponer con buenos argumentos esta cuestión dedicará Nietzsche muchas de sus energías, apenas acabada la publicación de su primer libro. En enero de 1872 comenzará una serie de conferencias, que en principio pensaba que serían seis en total. Esas intervenciones públicas versaban *Sobre el futuro de nuestros centros de formación*. Impartió cinco, de enero a marzo, con éxito de oyentes, luego revisó los textos, preparó incluso la portada para el libro que las contendría, pero todos esos esfuerzos quedaron inacabados, sin ver la luz pública, y hoy componen uno de sus escritos póstumos, una especie de pausado diálogo platónico con la figura de Schopenhauer como el nuevo Sócrates del momento. Ahora bien, este era uno de los flancos de su armazón, uno de sus principales intereses, pues al margen del tenso silencio que se prolongó durante meses, roto por una estridente y durísima polémica que se enzarzó en torno a *El nacimiento de la tragedia*, su autor seguía meditando sobre otras realizaciones de los griegos, en especial sobre los filósofos anteriores a Platón, los grandes presocráticos como Heráclito y Demócrito, Pitágoras y Empédocles, Anaximandro y Parménides, y a ellos dedicó también un sostenido esfuerzo de redacción un año después, aunque tampoco llegó a preparar un manuscrito para la imprenta, nos referimos a ese otro formidable escrito póstumo llamado *La filosofía en la época trágica de los griegos*, que hoy podemos leer complementándolo con los textos de los cursos universitarios sobre *Los filósofos preplatónicos*.

No es de extrañar esta abundancia de materiales sobre aquellos filósofos originarios, pues a Nietzsche le urgía vitalmente clarificarse sobre interrogantes que ya

¹¹⁴⁶ FP I, 9 [43].

nunca le abandonarán: qué es la filosofía, y, sobre todo, qué es el filósofo del conocimiento trágico, como lo fueron ejemplarmente en su vida y en sus obras los filósofos griegos, esos eternos modelos en que inspirarse. Muchas de sus notas intentan describir la naturaleza de tal filósofo, percibida como una lucha entre arte y conocimiento. Y ya que fue posible esa figura plural de filósofo ejemplar en época de vida afirmativa como la Grecia de la edad trágica, se habrá de perfilar también de manera plástica y palpable qué debe ser hoy la filosofía, cómo ha de vivir hoy un filósofo, el filósofo entendido como médico de la cultura, aunque se sea el último de tales filósofos y el rastro se esfume y desaparezca como el sol en el ocaso, pesadilla que también le atormentó. Esta decisiva cuestión, como luz roja intermitente, arroja ráfagas de reflexiones aquí y allá en todo lo que Nietzsche redacta por entonces.

A lo largo de 1872 ese inquieto profesor de filología maltratado por sus colegas compone también *Cinco prólogos para cinco libros no escritos*, en los que de manera condensada, como preludio de posteriores aforismos, recupera fragmentos que se quedaron entre sus carpetas en la revisión final de *El nacimiento de la tragedia*, éste es el caso, por ejemplo, de una terrible dilucidación sobre la guerra, el trabajo y la nación, expuesta de manera cruel en *El Estado griego*. Amplía allí también su conferencia de toma de posesión de la cátedra y sus notas sobre la epopeya en el estudio que redacta sobre una de las características esenciales de la educación griega, el *certamen* de Homero, o sobre la *rivalidad*, tema a complementar con el tratamiento del *amor*, fundamentado en textos presocráticos. Por las mismas fechas resume sus pensamientos sobre el futuro de los *centros de formación*, y concreta las meditaciones en torno a la filosofía con el ejemplo de un pensador contemporáneo desatendido, *Schopenhauer*, y con el desarrollo de una cuestión nuclear, a saber, el misterioso impulso hacia la *verdad*. Este antecedente explica que en 1873 pueda dictar ya el resultado más redondo al que había llegado por entonces sobre este último problema, esto es, ese ensayo magistral y revolucionario que tituló *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. En fin, comenzó a preparar nuevos cursos redactando notas sobre *métrica* y sobre *retórica*, testimonios bien elocuentes de su atención preferente sobre el tema del *lenguaje*, síntoma de que también en él se estaba gestando un giro de fortísimas consecuencias, y quizá convenga no olvidar que, prosiguiendo con el ya citado tema de la filología del futuro y la preocupación por alumbrar a ese filólogo en ciernes en el que sería posible convertirse, Nietzsche dictó en el invierno de 1875-76 un curso sobre *El culto griego a los dioses*. La religión de los antiguos, el aleccionador contraste con el cristianismo y el budismo, la frágil vida de los mitos y las opacidades de las inconsecuentes creencias que pueblan la Modernidad son otros tantos factores que multiplican el denso entramado de la enmascarada filosofía de ese joven profesor que veneraba a los griegos del siglo VI.

Acaso hayamos dibujado así, en sus principales rasgos, los paisajes más visitados del panorama en el que se enmarcan las obras que ahora podemos abordar, las cuatro *Intempestivas* (1873-1876). Estos textos, como lagos de montaña alimentados por corrientes comunes que a todos los atraviesan, combinan aguas de esos manantiales que hemos enumerado: la formación clásica, los filósofos presocráticos, el lenguaje y la retórica, la verdad y la mentira, la labor de los filólogos, las respuestas de la religión y el arte, las insuficiencias del presente, la necesaria figura del filósofo trágico en ciernes. Expondremos a continuación el sentido de esa serie de ensayos desde la óptica de su propio autor.

Un fragmento póstumo de verano-otoño de 1873 contiene el siguiente:

Proyecto de las Consideraciones Intempestivas.

- 1873 David Strauss
Ventajas e inconvenientes de la historia
- 1874 Leer mucho y escribir mucho.
El erudito.
- 1875 Institutos de bachillerato y Universidades.
Cultura de soldados.
- 1876 El maestro absoluto.
La crisis social.
- 1877 Sobre religión.
Filología clásica.
- 1878 La ciudad.
Esencia de la cultura (original-).
- 1879 Pueblo y ciencia natural.¹¹⁴⁷

Así pues, cuando acababa de publicar la primera de estas *Consideraciones* Nietzsche esboza un plan para siete años, en el que redactaría nada menos que trece *Intempestivas*, alguna de ellas sobre temas que están lejos de la filología, como la cultura de los soldados, el pueblo y la ciencia natural, o la crisis social. Por otra parte, aunque David Strauss simbolice la deplorable tipología del “filisteo de la formación (*Bildungsphilister*)”, o la de quien ahoga el aliento de la cultura y por eso merece que le llamen “cultifilisteo (*Kulturphilister*)”, los malos filólogos y demás colegas pequeñoburgueses de las ciencias del espíritu aquí reciben un tratamiento crítico específico bajo otra modalidad menos analizada, la del docto o erudito. Estas figuras sufrirán una finísima disección, más aún, una implacable y veraz vivisección, pues no nos hallamos ante una ocurrencia pasajera que quedó en afortunada acuñación verbal o en entretenida anécdota de relleno, las notas póstumas demuestran que aquí tomaba cuerpo una necesidad íntimamente sentida, como comprobamos en el fragmento inmediatamente siguiente, el 29[164], esta vez sin compromisos temporales y con significativas variaciones temáticas:

1. Preludio.
2. - - -
3. La tribulación de la filosofía.
4. El erudito.
5. El arte.
6. La escuela superior.
7. Estado, guerra, nación.
8. Social.
9. Filología clásica.
10. Religión.
11. Ciencia natural.
12. Leer y escribir, prensa.
13. Camino hacia la libertad (como epílogo).

Si se admite que el “preludio” puede aludir a la *Intempestiva* ya redactada sobre Strauss y que la segunda de esta nueva serie, aquí de título indescifrable, puede apuntar a la que enseguida dedicará a la historia, entonces hemos de subrayar que la filosofía ya aparece como tema destacado de estudio detenido; que la antes denominada “cultura de soldados” ahora se especifica como “Estado, guerra, nación”; y que el sentido último de toda la voluminosa serie se resume en “Camino hacia la libertad”, epílogo que no sólo anuncia la figura del “espíritu libre” y los cantos del “pájaro libre” de años posteriores,

¹¹⁴⁷ FP I, 29 [163].

sino que también sintetiza lo que viene a ser esta especie de viacrucis de 13 estaciones para su creador: un camino doloroso hacia la liberación personal, un soltar lastre y desprenderse de amarras que impiden la libertad de movimientos, la navegación autónoma, el legítimo atrevimiento de tener el valor de pensar por sí mismo, ganado tras arduas batallas. La libertad no es aquí, por tanto, un dato del que se parte, no es un supuesto antropológico general, al contrario, es una meta que se consigue a duras penas mediante una especie de purga de la mente y el corazón, de costoso desaprendizaje de imposturas y heteronomías, pseudoproblemas y supersticiones: la libertad es una elevada fortaleza a conquistar, un objetivo por el que combatir.

En notas de meses posteriores, del otoño de 1873 y el invierno de 1873-1874, se encuentra otro “Proyecto de las “*Consideraciones Intempestivas*””:

1. El filisteo de la formación.
2. Historia.
3. Filósofo.
4. Eruditos.
5. Arte.
6. Maestro.
7. Religión.
8. Estado. Guerra. Nación.
9. Prensa.
10. Ciencias naturales.
11. Pueblo. Sociedad.
12. Comunicaciones.
13. Lenguaje.¹¹⁴⁸

Destaca ahora esto último, la cuestión del lenguaje, acompañada por el redoblado interés por el fenómeno de las comunicaciones, sea en el proceso de transmitir sensaciones, como hace el arte, sea en el sentido utilizado por los medios para las masas, es decir, la prensa. Como modelo de comunicación artística se perfila el caso de Wagner, en coherencia con lo ya afirmado en los capítulos de la parte final de *El nacimiento de la tragedia*. De hecho, un fragmento de comienzos y primavera de 1874 lo confirma, con un dato importante, pues por esta anotación sabemos, en primer lugar, que Nietzsche deseaba redondear una colección de ensayos dedicada al tema global de *Lo griego y lo bárbaro*, del que formaban parte el citado libro sobre *la tragedia ática nacida del espíritu de la música* como su primer volumen ya publicado y a punto de volver a editarse; un segundo que por entonces pensaba que pronto podría acabar, tarea fácil si aprovechaba sus notas y cursos y ampliaba lo que ya había redactado, titulado *Platón y sus predecesores*; y un tercer volumen que estaría consagrado a los oradores antiguos, *Cicerón y Demóstenes*. Como ya dijimos, también para este tema contaba con abundantes escritos y cursos dedicados a la oratoria y la retórica. Ahora bien, esa colección de ensayos era independiente de la otra que estaba llevando a cabo de manera simultánea, la compuesta por las *Consideraciones intempestivas*, que en ese momento deseaba que contemplase los temas siguientes:

- Strauss.
- Historia.
- Leer y escribir.
- El año del voluntariado.
- Wagner.

¹¹⁴⁸ FP I, 30 [38].

Institutos de bachillerato y Universidades.
 Cristiandad.
 Maestros absolutos.
 Filósofo.
 Pueblo y cultura.
 Filología clásica.
 El erudito.
 Esclavitud de los periódicos.¹¹⁴⁹

Varios de estos núcleos temáticos pasarán en forma de capítulos al texto de la *Tercera Intempestiva*, la publicada poco después tras varios meses de vacilaciones con el título definitivo de *Schopenhauer como educador*. Pero el proyecto no hacía sino consolidarse, sin disminuir la cantidad, *trece* volúmenes, siempre *trece*, como si de un número mágico o sagrado se tratase, pues durante el invierno-primavera de 1875 confeccionó Nietzsche un plan en el que enumeraba las *Intempestivas* restantes, todavía por escribir, de la 4 a la 13, y aún hizo más: enseñado por la experiencia, distribuyó el tiempo de su redacción a lo largo de los años siguientes, contando con una obra o dos como máximo por año, de 1875 a 1880, del curioso modo que transcribimos:

1875	4	5	Filolog. Wagner
1876		6	Prensa.
1877	7	8	Religión. Escuela.
1878	9	10	Socialismo. Estado.
1879	11-12		Mi plan. Naturaleza.
1880		13	El camino de la liberación. ¹¹⁵⁰

Probablemente esta distribución le pareció luego excesivamente lenta, porque lo bien cierto es que a continuación, en esa misma carpeta de apuntes, se halla otra nota póstuma, en la que contempla que en la Pascua de 1878 podría haber conseguido ya redactar las 800 páginas del ambicioso proyecto, con sólo tres meses de trabajo por volumen, con lo cual, como dice en la última línea del apunte, “así pues, a los 33 años de edad habré acabado las *Intempestivas*.” Una vez más, la enumeración que ahora efectúa contiene peculiaridades que merecen observarse:

- Preludio. El filisteo de la cultura.
1. Historia
 2. Filosofía.
 3. Antigüedad.
 4. Arte.
 5. Religión.
 6. Escuela.
 7. Prensa.
 8. Estado.
 9. Sociedad.
 10. Hombre como yo.
 11. Naturaleza.
 12. El camino de la liberación.¹¹⁵¹

¹¹⁴⁹ FP I, 32 [4].

¹¹⁵⁰ FP II, 1^a, 1 [3].

¹¹⁵¹ FP II, 1^a, 1 [4].

Extraño resulta que en 1875 no aparezca Wagner en el listado, a no ser que el volumen 4 (el quinto de la serie, en realidad), que está dedicado al arte, lo aluda, como hace con respecto a Schopenhauer el volumen consagrado a la filosofía. Enigmático es, en efecto, el escrito que trata de un “hombre como yo”, aunque si el titulado aquí “Antigüedad” señala hacia lo que se conoce como “Nosotros, filólogos”, entonces acaso sea correcto entenderlo como una manera autocrítica de referirse a los doctos o eruditos. Bastaría en todo caso con recordar esta enumeración temática para deshacer la lectura que interpreta estas *Consideraciones* como tratados personalizados o estudios en torno a determinadas personalidades, unos incondicionalmente a favor de ellas (Schopenhauer, Wagner) y otros, furibundamente en contra (D. Strauss, ciertos discípulos de Hegel). Pero de haber una persona como eje de todos estos análisis, ésa sería la de su autor, y por un motivo esencial, porque en ellos se sincera con el firme propósito de liberarse de lo que le pesa y esclaviza, de ahí, por tanto, la veta testimonial y autobiográfica que los atraviesa, y que él mismo destacará con orgullo cuando se reinterprete al releerse en su madurez. Esta fuerte implicación personal a lo largo de todo el proyecto se confirma en otra nota póstuma, esta vez de la primavera-verano de 1875, que dice así:

Planes para la vida.

Consideraciones intempestivas. Para los años de mi vida en que estaré en la treintena.

Los griegos. Para los años de mi vida en que estaré en los cuarenta.

Discursos a la humanidad. Para los años de mi vida en que estaré en los cincuenta.¹¹⁵²

Es emotivo tropezar con esta planificación privada, íntima y no destinada a nadie más que a sí mismo, cuando sabemos los duros golpes que le deparará el destino a la persona de Nietzsche, irrecuperablemente enfermo antes de cumplir los cuarenta y cinco años. Sabemos ahora, no obstante, que las *Intempestivas* tienen algo profundamente relacionado con la edad, tal como el filósofo alemán contemplaba su vida, como si en torno a los treinta conviniera ir desnudándose de prejuicios y obteniendo una visión personal de esos trece nudos temáticos insistentemente enumerados con suficiente homogeneidad. Ese verano de 1875 también fue el momento de diseñar “planes de todo tipo”, esta vez mucho más concretos y detallados, pero sin perder de vista el ambicioso proyecto general: “Prosecución gradual de mis *Consideraciones Intempestivas*, en primer lugar, *Richard Wagner en Bayreuth*, *Los filólogos* y *Sobre religión*.”¹¹⁵³

De hecho, las energías de los meses siguientes se canalizaron de acuerdo a lo aquí establecido, como los cuadernos confirman. Y aunque el ritmo fue más lento de lo deseado, pues tuvieron que transcurrir veinte meses desde la publicación de la *Tercera* en octubre de 1874 hasta la de la *Cuarta* en julio de 1876, no por eso se esfumó el proyecto inicial, ya que de ese mismo año, de 1876, es el último fragmento que contiene el consabido listado de trece volúmenes, una vez más con significativos cambios y alguna sorprendente novedad:

Consideraciones intempestivas.

1. El filisteo de la cultura (falsificación de moneda de la cultura).
2. La Historia.
3. El filósofo.
4. El artista.
5. El profesor.
6. Mujer y niño.

¹¹⁵² FP II, 1ª, 5 [42].

¹¹⁵³ FP II, 1ª, 8 [4].

7. Propiedad y trabajo.
8. Griegos.
9. Religión.
10. Liberación.
11. Estado.
12. Naturaleza.
13. Vida en sociedad.¹¹⁵⁴

El volumen titulado “el profesor” correspondería, como es obvio, a la inacabada *Nosotros, filólogos*, que ya no vio la luz pública. Surge entonces una pregunta elemental: ¿por qué no se continuó esta serie tan férreamente sostenida que ya contaba con cuatro importantes realizaciones?, ¿acaso no interesaban los temas restantes?

Esa serie de *Consideraciones* acabó entre otras cosas porque en la segunda mitad de 1876 Nietzsche vivió un cambio de graves consecuencias y se tuvo que replantear su vocación, su tarea o misión y su vida entera. En efecto, se acababa de publicar la *Cuarta Intempestiva* cuando su autor asistió al primero de los Festivales de Bayreuth, arriesgada y portentosa empresa artístico-económico-cultural para la que se había preparado expresamente, pero ante tan desorbitado montaje y ante tantos wagnerianos adocenados, profundamente decepcionado por todo lo que allí veía, tuvo que ausentarse en busca de salud, distanciándose de Wagner y de sus acólitos. Ese gesto simbólico condensa un giro profundo en su biografía, que por fin salía a la luz y se manifestaba hacia el exterior. En efecto, desde el otoño que vivió a continuación gozando de una excedencia de sus obligaciones docentes y residiendo en Italia, si se analizan las cartas y apuntes que por aquellas fechas Nietzsche redactó, se puede detectar en seguida ese cambio drástico en su obra, es decir, en su escritura y en su pensamiento filosófico: las notas para un nuevo libro provisionalmente titulado *La reja del arado*, con el inequívoco subtítulo de “Una guía para la liberación espiritual”, ya no pertenecen al viejo proyecto anterior, y en cualquier caso demuestran que éste había concluido. Empezaba entonces, por tanto, y desde otras premisas y planteamientos, una nueva etapa: muchos temas anteriormente abordados siguen preocupando y perduran, pero se enfocan a otra luz y se ven con otra perspectiva. Las *Intempestivas*, en consecuencia, clausuran una época, cierran un ciclo, vienen a ser el tramo final de la juventud de Nietzsche, de su inminente despedida del cargo de profesor de filología clásica en Basilea. Este adiós a las aulas es un síntoma bien expresivo no de abandono o desinterés por la cultura, sino del singular talante de un intelectual que va afirmándose cada vez más como filósofo con voz propia ante la página en blanco, cumplidos ya con creces los treinta años. Su temperamento no resistía el ámbito universitario como espacio propicio para la búsqueda y la expresión de la verdad, y por eso se tuvo que desligar de él y asumir la soledad: el antiguo discípulo comenzaba a hablarles de tú a sus maestros de formación, su voz ya tenía acentos propios.

Con estos volúmenes estamos, pues, ante la realización y finalización de un proyecto que puede ser interpretado como un primer balance, un inventario de logros y lealtades por la formación recibida, una primera exposición global de un pensamiento que se desea libre y que se ha decidido a intervenir en muchos frentes. Y, ciertamente, lo hizo con fogosa salida a la palestra, siguiendo el ritual de una lucha implacable, un encarnecido combate cuerpo a cuerpo, en una polémica sin cuartel, entablado –como Stendhal aconsejaba– un duelo sin contemplaciones que, por desgracia, acontecía cuando el cáncer estaba apagando la vida de un célebre y discutido teólogo, el escritor y ensayista D. F. Strauss, cuya última publicación, *La vieja y la nueva fe*, se había puesto

¹¹⁵⁴ FP II, 1ª, 6 [10].

de moda y tenía ya vendidas 6 ediciones a mediados de 1873. De ahí que el maduro Nietzsche diga que las cuatro *Intempestivas* son “íntegramente belicosas”, cuatro “atentados”, aunque no contra personas concretas, como podrían ser el citado teólogo de lamentable prosa, o E. von Hartmann, el filósofo al que cierto capítulo de la *Segunda* vapulea con sarcasmo y mordacidad, o la contrarréplica del maestro Schopenhauer, Hegel, cuya impronta controlaba tantas cátedras ocupadas por sus mediocres discípulos, e incluso Kant, visto como ejemplo de filósofo universitario, de funcionario al servicio del Estado, de profesor sin grandeza. Estos ataques se llevan a cabo, desde luego, y con garra de temible polemista, pero no por inconfesables cuestiones subjetivas ni por enfrentamientos o envidias personales, sino por otros motivos más nobles y dignos. Un pasaje de *Ecce homo* lo explica con claridad:

Mi práctica bélica puede resumirse en cuatro principios. Primero: yo sólo ataco causas que triunfan, – en ocasiones espero hasta que lo consiguen. Segundo: yo sólo ataco causas cuando no voy a encontrar aliados, cuando estoy solo, – cuando me comprometo exclusivamente a mí mismo... (...) Tercero: yo no ataco jamás a personas, – me sirvo de la persona tan sólo como de una poderosa lente de aumento con la cual puede hacerse visible una situación de peligro general, pero que escapa, que resulta poco aprehensible (...). Cuarto: yo sólo ataco causas cuando está excluida cualquier disputa personal, cuando está ausente todo trasfondo de experiencias penosas.¹¹⁵⁵

El curioso título escogido para toda esa serie merece atención. Estas cuatro *consideraciones* son, en primer lugar, una especie de radiografías de grandes dimensiones, unas precisas contemplaciones o detalladas visiones de determinados problemas graves y de ciertas personalidades emblemáticas que, precisamente porque están siendo observados y apreciados en su justo valor y en sus verdaderas dimensiones para la vida de una época y la suerte de una cultura, exigen de quien así quiere verlos y aquilatarlos una necesaria distancia, una situación en perspectiva que los capte de cuerpo entero, con sus claroscuros y sus líneas de fuerza, sus diferentes partes integrantes y sus correspondientes puntos críticos. Para poder contemplarlos de tal modo es ineludible cierto “misterioso *antagonismo*, el de mirar de frente”, como indicó Nietzsche años después con el loable objetivo de que se tuviera en cuenta que ya no era tan schopenhaueriano ni wagneriano como aparenta en estas *Intempestivas*. *Considerar* es, así pues, enfrentarse y confrontarse, sosteniendo la mirada en un atrevido tú a tú, cara a cara, para de ese modo poder mirar con cuidado, observar atentamente cada rasgo, sopesar, ponderar, analizar y diagnosticar lo percibido; es realizar unos duros ejercicios de sentido compromiso que preparen para la acción, porque es necesario determinar la vitalidad de una cultura si se busca, en consecuencia, poder contribuir a su mejor y más lograda expresión, a saber, al surgimiento de poderosos genios, como los de esa prodigiosa gavilla de poetas, artistas, filósofos y legisladores que florecieron en la Grecia antigua.

Por otra parte, tales consideraciones merecen una adjetivación peculiar, ya que son *intempestivas*, es decir, no son meramente ‘anacrónicas’ o ‘inactuales’, como a veces se ha traducido ese certero adjetivo, pues si éste fuera su significado principal, quien lo había escogido pecaría de flagrante imprecisión, ya que, por ejemplo, en la primera de ellas se enjuicia un libro que gozaba de inmediata popularidad y acababa de reeditarse una vez más, y en la última se hablaba del compositor Wagner a punto de inaugurar el teatro y los festivales de Bayreuth y ofrecer allí sus dramas musicales de

¹¹⁵⁵ EH, Por qué soy tan sabio, 7.

manera apropiada. En ambos casos los escritos respectivos eran, como suele decirse, de rabiosa actualidad, casi como crónicas y artículos de opinión de los que se publican en revistas y periódicos. Así pues, esas consideraciones son intempestivas no porque les falte actualidad, ni porque no tengan en cuenta acontecimientos de sus días, sino porque apuntan hacia otra cosa más compleja, honda y subversiva, fruto de andar contra la corriente, oponiéndose al tiempo presente. En el inicio de la *Segunda* Nietzsche dice que en ella se ha esforzado por describir una sensación de incomodidad que le ha atormentado con mucha frecuencia, dificultando de esta manera la conveniencia universal, pues con esa solitaria forma de sentir él se desmarcaba de una corriente predominante en su tiempo, la que llevaban las caudalosas aguas del historicismo. Esa dolorosa soledad es fecunda, pues instruye por contraste sobre los rasgos que definen el presente. Por eso la descripción resultante es *intempestiva*, ya que trata como una enfermedad y un defecto lo que la gran mayoría alaba como emblema de modernidad y de cientificidad, la fiebre de la formación histórica, convertida en un corrosivo vicio hipertrófico. Ahora bien, Nietzsche es capaz de sentir de otro modo porque se ha educado no con los maestros habituales, sino con otros, que no son contemporáneos precisamente: la filología clásica le ha posibilitado convertirse en pupilo de tiempos más antiguos, los de la Antigüedad griega, con lo cual ha llegado a tener “experiencias tan intempestivas”. Ese magisterio infrecuente es el que fundamenta que el genuino filólogo asuma la tarea de “obrar de una manera intempestiva – es decir, contraria al tiempo y, por eso mismo, sobre el tiempo y a favor de un tiempo futuro.”

En la *Intempestiva* dedicada a Schopenhauer se halla otra interesante precisión sobre este adjetivo, cuando en el capítulo segundo Nietzsche narra el momento de su biografía en el que ansiaba encontrar como educador a un verdadero filósofo. Éste, en el afortunado caso de que existiera y él lo hallara, tendría que ser capaz de elevarlo por encima de la “insuficiencia específica de nuestro tiempo”, tendría que ser capaz de enseñarle de nuevo a “ser *sencillo* y *sincero* en el pensamiento y en la vida, es decir, a ser intempestivo, tomando esta palabra en su significado más hondo; pues los seres humanos se han hecho ahora tan múltiples y complicados, que han de ser insinceros cuando quieren realmente hablar, formular sus afirmaciones y obrar en consecuencia.” He aquí, pues, lo que significa la intempestividad de estas consideraciones: son claras y veraces, en ellas la teoría y la praxis van de la mano, la voz que en ellas percibimos es franca y consecuente, habla para orientarse y actuar, narra lo que ha vivido para así poder indicar un camino a sus lectores.

No obstante, y a pesar de estas explicaciones, determinado texto del maduro Nietzsche sobre estas cuatro *Consideraciones* nos plantea un grave problema, pues parece que hemos de cuestionar la pretendida sinceridad de la que hacen gala. He aquí su importante comentario:

No se debe hablar sino cuando no cabe callar; y sólo hablar de lo que se ha *rebasado*: todo lo demás es charlatanería, “literatura”, falta de disciplina. Mis escritos no hablan más que de mis victorias (...). En tal medida todos mis escritos, con una única, por cierto esencial, excepción, han de ser *fechados con antelación* – siempre hablan de un “tras de mí” –: algunos, como las tres primeras *Consideraciones intempestivas*, incluso antes aún del período de nacimiento y de vivencia de un libro anteriormente publicado (el *Nacimiento de la tragedia* en este caso, como no puede ocultársele a un observador y comparador más sutil). Aquella airada explosión contra la teutomanía, la acomodaticiedad y el apordioseramiento de la lengua del decrepito David Strauss, el contenido de la primera *Intempestiva*, desempolvó disposiciones con las que mucho antes me había sentado como estudiante, en medio de la formación y el filisteísmo de la formación alemanes (...); y lo que allí dije contra la “enfermedad histórica” lo dije

como alguien que lenta, penosamente, aprendió a curarse de ella y en absoluto tenía intención de renunciar en adelante a la “historia” porque en un tiempo la había padecido. Cuando luego en la tercera *Consideración intempestiva* expresé mi veneración por mi primer y único educador, por el *gran* Arthur Schopenhauer – lo haría ahora todavía con mucha más fuerza, también más personalmente –, ya me encontraba, por lo que a mi propia persona se refiere, metido en medio del escepticismo y la disolución morales, *es decir, tanto de la crítica como de la profundización de todo pesimismo habido hasta entonces*, y, como dice el pueblo, ya no creía “en nada en absoluto”, ni siquiera en Schopenhauer: justamente de esa época data un texto inédito “sobre verdad y mentira en sentido extramoral”. Incluso mi discurso triunfal y solemne en honor de Richard Wagner con ocasión de la celebración de su victoria en Bayreuth en 1876 (...), un trabajo que ostenta la más marcada *apariencia* de “actualidad”, era en el fondo un homenaje y un agradecimiento hacia un trozo de mi pasado, hacia la más hermosa, también la más peligrosa, bonanza de mi travesía... y en realidad un desligamiento, una despedida.¹¹⁵⁶

Este texto aporta luz sobre las *Intempestivas* porque aclara que en ellas su contexto de *gestación* real no coincide con el momento de su *redacción y publicación*: las tres primeras nacieron y fueron pensadas antes de finales de 1871, esto es, antes de *El nacimiento de la tragedia*, y podríamos añadir que la cuarta seguramente corresponde a las vivencias de Nietzsche hasta el traslado de los Wagner en abril de 1872, cuando abandonaron Tribtschen y empezaron su aventura final en Bayreuth. Este desajuste estructural hace que el texto parezca el recitado de un actor que está sistemáticamente mirando a sus espaldas, mirando hacia atrás con ciertas iras y ciertas nostalgias, cuando sus pies ya pisan otros territorios. Este tono impostado se acrecienta involuntariamente por una cuestión estrictamente compositiva, ya que el lector que haya frecuentado las obras del Nietzsche maduro, aforísticas, ágiles, breves, de filo cortante, de concentrada poesía, de prodigiosa fuerza expresiva, aquí hallará párrafos de largo aliento, una prosa decimonónica más pesada y reiterativa, como la oratoria de aquellos políticos que declamaban discursos inacabables. El aprendizaje de la mejor escritura hasta conseguir que las palabras bailen también tuvo que merecerlo este artista musical dotado de capacidades analíticas y reflexivas, y aquí asistimos en cierta medida a sus primeros ejercicios, a su lenta preparación que ya brinda algunos logros excelentes. Hay, de todos modos, un motivo extra que explica en parte el curso protocolario y con altibajos de la prosa de estos volúmenes infrecuentes: varios de sus capítulos tomaron cuerpo cuando Nietzsche estaba atravesando los peores años de sus sufrimientos somáticos, con enfermedades oculares que le prohibían la lectura y la escritura, de ahí que tuviera que dictar tanto sus clases como sus libros a amanuenses amigos, disciplinando la memoria, concentrando los pensamientos, rellenando los huecos y construyendo puentes para las transiciones entre las ideas que se desea expresar. Este dato quizá le aclare al lector parte de sus sorpresas.

A pesar de ello, tras la superficie extensa y ondulada de estas engoladas *Consideraciones*, hay tesoros de doble valor. Por una parte, aquí se encuentran algunas de las confesiones personales más hondas y auténticas de la secreta biografía de Nietzsche. Él mismo lo dijo:

Exceptuadas, como es obvio, algunas cosas, yo no afirmaré que las *Intempestivas* señaladas con los nombres de Schopenhauer y de Wagner puedan servir especialmente para comprender o incluso sólo plantear el problema psicológico de ambos casos... En el fondo yo quería hacer otra cosa completamente distinta que psicología: en ellos

¹¹⁵⁶ MA II, Prólogo, 1.

intentaba expresarse por vez primera un problema de educación sin igual, un nuevo concepto de la *cría de un ego*, de la *auto-defensa*, hasta llegar a la dureza, un camino hacia la grandeza y hacia tareas histórico-universales. Hablando a grandes rasgos, yo agarré por los cabellos, como se agarra por los cabellos una ocasión, dos tipos famosos y todavía no definidos en absoluto, con el fin de expresar algo, con el fin de tener en la mano unas cuantas fómulas, signos, medios lingüísticos más. (...) Así es como Platón se sirvió de Sócrates, como de una semiótica para Platón. – Ahora que vuelvo la vista desde cierta lejanía a las situaciones de las que estos escritos son testimonio, no quisiera yo nergar que en el fondo hablan meramente de mí. El escrito *Wagner en Bayreuth* es una visión de mi futuro; en cambio en *Schopenhauer como educador* está inscrita mi historia más íntima, mi *devenir*. (...) Aquí toda palabra está vivida, es profunda, íntima; no faltan cosas dolorosísimas, hay allí palabras que en verdad sangran. Pero un viento propio de la *gran* libertad sopla sobre todo; la herida misma *no* actúa como objeción.¹¹⁵⁷

Y por otra parte, aquí y allá hay páginas maravillosas, atisbos cargados de premoniciones, metáforas que apuntan a lo que pronto cuajará como la poética del espacio y del tiempo que vertebra la composición de sus obras de madurez: el aire del bosque, la vida en la alta montaña, el hielo de los glaciares y los dehielos de la Modernidad... Entre estos meandros de lento discurrir se dibujan rasgos de la fisiología del arte de la última época de este pensador, aguafuertes de su finura psicológica que quizá ya sólo podrá igualar, como los que componen ese retrato magistral del docto, o aforismos dispersos sobre lo que debe a sus maestros, que bien podrían estar entre las páginas que redactará doce años después, sea abordando la estimada figura de Goethe, o la prosa fundacional del admirado Montaigne, por aludir a dos magníficos ejemplos. Dos vías, pues, para emprender una lectura que nunca decepciona. Y si acaso aún perdurase cierto desasosiego, conviene aprender de los buenos catadores: beber a sorbos distanciados, poco a poco, y que este vino añejo despliegue los mil perfumes que atesora.

Joan B. Llinares

¹¹⁵⁷ EH, Las Intempestivas, 3